

**REAL ACADEMIA DE  
NOBLES Y BELLAS ARTES  
DE SAN LUIS**



**SESIÓN ACADÉMICA  
CICLO “OTRAS VOCES EN LA ACADEMIA”**

**DISCURSO INSTITUCIONAL DEL  
PRESIDENTE DE LA REAL ACADEMIA  
EXCMO. SR. DR. D.  
DOMINGO J. BUESA CONDE**

**ZARAGOZA  
8 DE MARZO DE 2012**

2012 © Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis

Este documento puede distribuirse y publicarse de forma parcial o total, permanente o provisional, por medios alámbricos o inalámbricos, en cualquier soporte, sin atribuirse la autoría sobre los contenidos, mencionando al autor(es).

mismos, conscientes de que los únicos capacitados de hablar de la muerte son los muertos, entendían que éstos difuntos, mudos de sonidos, delegaban en los creadores la pretensión imposible de comprender y definir el gran enigma. Quizás porque sabían, como ocurrió en el caso de los versos de Jorge Manrique, que la muerte sólo podría ser convertida en una obra de arte por la mano del poeta o el pulso del pintor, pues “aunque la vida perdió / dexónos harto consuelo su memoria”, pues “querer hombre vivir / cuando Dios quiere que muera, / es locura”.

Si damos un paso más surgen enseguida muchas cuestiones: qué es nuestra vida, de qué podemos morir, porqué envejecemos... Las preguntas que ha ido desgranando el discurso de nuestro docto invitado. En realidad, esas son las preguntas de toda una vida, la propia vida de la Humanidad desde que el hombre prehistórico, dotado ya de conciencia en el Paleolítico, entendía que la muerte era quizás la entrada a un reino del sueño. Preguntas que muchas veces se han pronunciado en voz alta para tranquilizar a los vivos, sobre todo después que el mundo clásico quiso explicarse que la muerte no puede ser una aniquilación total del ser, que el difunto sobrevive en cierta manera en un mundo que le es propio y que al final, no sabemos cómo, tiene que compartir con los vivos.

En ese miedo, en esa inseguridad ante la muerte nació el Arte. No sé si para acallar espíritus, para conquistarlos o para dejarlos eternamente apegados en la roca de esas cuevas, con miles de bisontes heridos que están agonizando ante nuestros ojos. Todo fue consecuencia de la enorme necesidad de controlar las puertas de ese mundo del más allá, que curiosamente son puertas que se abren en el más aquí. Como dicen los poemas mesopotámicos “Vamos ahora a acompañar al muerto y a conocer de nuevo la pena, / vamos a danzar de nuevo y a derribar a los demonios. / No se debe hablar”. La pintura era un instrumen-

to de muerte, la escultura de las Venus era un amuleto contra la muerte, la danza era un anestesiador de los muertos. El Arte se alzaba sobre la historia como testimonio de esa dialéctica del hombre con la muerte.

A partir de entonces, enterramientos de ejecución cuidadosa, pinturas vigilantes, esculturas y máscaras individualizadas, libros de apoyo para saber que palabras son adecuadas en el reino de la muerte,..., fueron naciendo como muestra de la atención de los vivos por los muertos. Pero, sobre todo ello, lo que emergió era algo novedoso que acabaría siendo un reto a la capacidad técnica y estética del ser humano. Algo tan sencillo y complejo como la creación de los espacios en los que el muerto encontraba la puerta de la eternidad y abriéndola lograba que su alma pudiera hacer el viaje al más allá, para ser juzgada. Nacían las grandes arquitecturas en piedra en un tiempo de cambio y revolución agrícola, en un apogeo de la agricultura en la que el encuentro entre la vida y la muerte tenía valores arquitectónicos para toda esa historia que hoy llamamos antigüedad y que está salpicada de tumbas megalíticas o de perfiladas pirámides que custodian arcanos insondables, que hoy todavía buscan muchos mortales. Piedra sobre piedra que resiste al paso del tiempo, incluso hasta después de que ese mundo, un buen día, abandonara los viejos modos de sufrir la incertidumbre de la soledad del hombre poniéndose en manos de la certidumbre de Dios.

Ese era el momento en el que nos planteaba el profesor Ebri a la muerte como un hecho individual, con los interrogantes que se plantea cada persona, con la incógnita de la otra vida, de las experiencias cercanas. Es el tiempo en el que el mayor miedo del hombre a la muerte, nos seguía diciendo, es el temor a la desaparición perpetua. Es momento en el que todavía no entienden que nuestra conciencia sobrevive a la muerte pero

desgaste natural o el estar predeterminado, entonces referido a las células, podría plantearse ahora referido al sentido de la estética y llevarnos al debate de la muerte del Arte, que algunos historiadores construyen desde la imposibilidad de mantener el viejo lenguaje del Arte, desde la imposibilidad de buscar la belleza y la paz, desde los desgarramientos interiores que ha sufrido el hombre moderno con las crueldades de la guerra, la forma dominante del conocimiento o la perversidad de un mundo poseído por la desesperación. La muerte del arte se concibió como anuncio revolucionario de una era de esplendor, basada en la dominación racional del universo y de la sociedad. Y al final, camino de la estética informática de mañana, se le mató desde el culto al brutalismo, la agresividad de las formas y el entusiasmo por la estética de la violencia que inunda hasta los dibujos —obra de arte sin duda— de Walt Disney.

Pero, en un mundo en el que algunos han festejado la muerte del Arte desde la fealdad y el feísmo, las cosas no son como parecen. Oíamos hace un rato cómo nos explicaba que “la muerte devuelve el hombre al lugar de donde vino, por lo tanto le plantea interrogantes y para contestarlos tenemos que desenmascarnos de las caretas que nos vamos poniendo a lo largo de nuestra vida para no hablar de estos temas”. Y así es señoras y señores, esta es la gran realidad de la vida puesto que también nos decía que “no todo se puede explicar por la razón, aunque sea razonable”. Eso es lo que estamos viviendo ahora en el mundo del Arte, justamente el momento después de la muerte, el momento de la llegada a la luz o del camino hacia la Luz. Ya se ha quedado atrás la necesidad humana de simbolizar y representar el final de la vida, hoy lo que marca las relaciones de millones de años entre la muerte y el arte es que hemos llegado a un punto en el que el Arte ya abandonó su dimensión de diagnóstico de muerte o crepúsculo de la estética, para convertirse en el estímulo más poderoso para el acrecenta-

miento de la vida.

Al final de todo, uno llega al convencimiento de que en el nacimiento del Arte estuvo muy presente la consciencia del ser humano como un ser finito. Que siglos después, el Arte y la Muerte continúan siendo una pareja indisoluble que ha sabido surcar los mares de la historia en la canoa del amor, adaptándose a los modos de representación y a las necesidades de cada sociedad, de la mano de la esperanza de la existencia de otra vida mejor o del dolor de las dudas existenciales del hombre actual. Como decía usted, doctor Ebri, todo no se puede explicar y por eso es mejor que sigamos pensando que el Arte es un camino más de triunfo sobre la nada, sobre esa muerte que destruye. Pero también que el Arte es ese camino de amor que va abriendo la imagen de ese Dios sufriente que es, sin duda, la representación más atrayente y numerosa de la Historia del Arte. Al final sólo una imagen de la muerte que no es más que vida y plenitud, esperanza y Resurrección.

Las culturas africanas explican con una leyenda el origen de la muerte y, por ejemplo la de los zulúes, relatan que el Creador envió al camaleón Unawabu para decirle a la Humanidad que no moriría y a la lagartija Intulo a decirle lo contrario. El mensaje que llegó a la Humanidad es el de que morirían todos irremisiblemente, puesto que la lagartija llegó más pronto que el camaleón y con ella su mensaje negativo. Como pueden ver, abramos la página que abramos de la historia de la Humanidad nos aparece una nueva puerta para la reflexión. Pero, este mito africano nos permite concluir con una llamada importante que quiero compartir con ustedes y especialmente, si me lo permiten, con mis compañeros académicos. Les estoy hablando de compartir una llamada a la esperanza, una llamada para que ninguno de nosotros bajemos nuestro pulso de trabajo en nuestro vivir cotidiano.

Especialmente a los que nos dedicamos a trabajar en el mundo de la Cultura y del Arte, de la investigación y del pensamiento, puesto que —como he dicho en otras ocasiones— en tiempos de crisis la sociedad necesita de la intuición de los artistas y de la generosidad de los pensadores. En ese momento de desorientación en el que ha muerto la sociedad de la multitud de cosas y del abuso de los recursos, es necesario seguir trabajando por mantener el mundo de la excelencia, el mundo de la cultura de verdad, la del esfuerzo, la del trabajo, la del compromiso con el futuro. Es decir, si ustedes me lo permiten habrá que convertir esta sociedad —que se nos diluye como un camaleón— en una sociedad ágil como la lagartija, para que el mensaje de esperanza y de futuro no se quede en el camino y nunca llegue primero el sentimiento de la desesperanza y la muerte.

Gracias doctor Ebri por todo, por su claridad y por su sinceridad. Pero, sobre todo, por la claridad con la que nos ha hablado de ese instante en el que la materia se hace luz, asegurándonos que se vive con la misma plenitud con la que se ha vivido la vida cotidiana. Por eso, además de que todos tenemos la obligación moral de contribuir a construir una sociedad del compromiso, del esfuerzo, de la verdad, de la generosidad y de la tolerancia; quizás lo más importante es que lo hagamos intentando ser útiles a los demás. Haciéndolo no solamente cumplimos con nuestra dimensión de seres racionales, sino que al final podremos vivir el paso a la eternidad con la paz y la alegría de haber sido útiles al común de los mortales. Y quizás ese sea el gran arte: el Arte de vivir, un Arte construido de sensaciones, una estética muy humana, desde la que yo les invito a vivir la vida; puesto que ya sabemos que hablar de muerte siempre es hablar de vida.

*He dicho.*

rasgos de la cara del individuo, uniformándolo en la calavera penitencial, la venceremos fijando esos rasgos en el retrato y para siempre. Dos inventos, dos triunfos fugaces que crearon la danza y el retrato para abrir la nómina del legado de ese ciclo de la vida imparabable, con el que nos ha enfrentado esta noche el doctor Ebri.

Como podemos comprobar estamos en la gran contradicción del hombre del Renacimiento. La muerte que es algo que pone fin a la vida, que anula, que apaga, que diluye, es algo que se implica en el hecho creador y se convierte en construcción de la dimensión artística. El individuo se individualiza más invistiéndose de lo que lo relaciona con su pasado, su estatus o su poder, y su muerte construye un escenario alegórico en el que se le convierte en inmortal, se le concede la eternidad de la imagen y del nombre. Las grandes tumbas, los grandes lienzos, los grupos escultóricos, nacen para ser memoria y memoria para el futuro. Una memoria en la que el dolor barroco llenará todo de movimiento y de luces fantásticas que acabarán construyendo el mundo del Romanticismo, acaso una peculiar forma de diálogo del ser vivo con el ser muerto, con castillos llenos de sombras, con rayos de luz que conjugan el alma en el claustro de Veruela, y con espíritus que anuncian su paso con cadenas para tranquilizarnos al avisarnos de que están junto a nosotros.

Este es el recorrido de la mano de dos concepciones de la vida, de la del hombre finito y de la del arte infinito. Por eso les decía antes que en el interlineado de la disertación del doctor Ebri podíamos leer la Historia del Arte con una claridad meridiana. Incluso les diré más. Oyéndole preguntarse ¿Cuándo puede determinarse que ha muerto un paciente? o ¿Por qué se envejece, por qué se muere?, pensaba que estas preguntas bien nos las podríamos hacer con respecto al Arte de hoy. Quizás el



querían tener certeza que, como decía la doctora Kübler, “nos salen a recibir cuando morimos”. Es ese mundo medieval que reza, que lee diminutos manuales que enseñan a bien morir, que siente miedo ante la heladora sensación de lo inmaterial.

Pero, nada era nuevo puesto que incluso cuando nos imaginamos al contrahecho duque de Orsini, sacado de las tinieblas por la pluma de Mújica Laínez, recorriendo los paisajes renacentistas de Bomarzo, nos damos cuenta que nos encontramos con los restos de los enterramientos etruscos en los que las esculturas de los difuntos se disponen a comer recostados al modo romano. Muertos que son espíritu, preparados para el festín familiar, nos hablan con sus rostros diferenciados de su singularidad puesto que ya Roma entendía la muerte como un hecho individual; razón por la cual en la Europa que se construya sobre sus ruinas la muerte está implícita en la propia vida del individuo. No me atrevería a decirles, como algunos colegas historiadores, que son gentes que viven para la muerte, pero les tengo que reconocer que —como demuestran algunos medievalistas— son hombres y mujeres que quieren caminar como si estuvieran muertos para asegurarse la eternidad, la felicidad. Para garantizarse el disfrute de todo aquello que no han tenido en esta tierra de conflictos y penurias, de abandonos y de asesinatos, de pestes y de vidas muy cortas.

Morir lentamente, temerosos de esa dualidad del miedo —para los pecadores que los cogen sin poder remediar sus faltas— y administradores de la felicidad, para los que cumplen y son buenos. Morir lentamente pero intentando luchar contra la muerte rompiéndole su esencia, su verdadero sentido. Puesto que eso es lo que ocurre cuando a la muerte, que se define por la ausencia de movimiento, la ponemos a correr y saltar en las “danzas de la muerte”. Y si esto es un absurdo, volveremos a quebrar la otra pata de la muerte cuando, conscientes de que destruye los

escaso valor del poder y carecen de algo tan importante como es la formación.

Hoy lo hemos podido comprobar oyendo a un ilustre médico. La esperanza nace en el dolor y la alegría nace de la esperanza. El doctor Ebri ha trazado el itinerario de un galeno que ha servido a sus conciudadanos desde la cercanía, con el esfuerzo de su permanente y rigurosa preparación, a lo largo de toda una vida profesional en la que ha tenido voluntad de construir esperanzas, de llenar de luz el dolor, de compartir la inquietud del individuo que se enfrenta a la muerte. En realidad, de ayudar al hombre cuando toma conciencia de que la vida es algo limitado y descubre, como decía el profesor Ebri, “el gran fracaso de vivir con esa ciega confianza en que la ciencia puede resolver todos los problemas del ser humano”.

Gracias profesor Ebri por sus palabras, por regalar a esta Real Academia este hermoso texto que hemos publicado, en colaboración con la Editorial Mira, y que ponemos en el mercado y en las librerías para que pueda ser objeto de lectura, relectura, reflexión y estudio para muchas personas que se siguen planteando el viejo interrogante que puso en marcha la capacidad de crear la belleza. Y, aunque nos acusen de llevar el agua a nuestro molino, este es un mensaje que no podemos dejar de señalar en el Salón de Sesiones de una Real Academia de Bellas Artes, espacio donde es preceptivo que recordemos que la insondable muerte es la realidad sobre la que se levantan las más hermosas manifestaciones del arte universal, las más profundas y bellas creaciones de los artistas que han acompañado a la historia occidental.

Literatos, artistas, científicos, teólogos, nos han ido trazando un recorrido de sensaciones e imágenes desde el que nos intentaron explicar la gran incógnita del morir, cuando acaso ellos

*Excelentísimos e Ilustrísimos señores académicos,  
Dignísimas autoridades,  
Señoras y Señores,  
Respetado doctor Ebri Torné.*

Les aseguro que nunca me he visto en una situación tan complicada como ésta, obligado a comenzar el preceptivo discurso institucional mientras siento la imperiosa necesidad de viajar al reino del silencio, a ese rincón de la palabra intuida que nos invita a reflexionar cuando nuestra mente es un mar de dudas, de preguntas, de respuestas. No tengo certeza de que -desde esta tribuna académica- se hubieran puesto palabras a una de las preguntas más importantes que ha perseguido la vida de los hombres y de los pueblos, desde el principio de los tiempos. Pero, estoy seguro que este presidente nunca había tenido que hacer frente a un discurso que nos interrogue sobre la muerte, contestar a esta magnífica reflexión que ha compartido con todos nosotros el doctor don Bernardo Ebri, al que quiero comenzar agradeciéndole su generosidad intelectual y felicitándole por la seriedad, objetividad y esperanza con las que ha construido su magnífica intervención.

Creo que ha sido un brillante comienzo para el nuevo ciclo, “Otras voces en la Academia”, que pone en marcha esta Real Corporación con la única finalidad de conseguir que suban a nuestra docta tribuna profesionales de esta Comunidad, que estén dispuestos a compartir experiencias, pensamientos y análisis. En una palabra, la Academia quiere acoger a aquellos aragoneses que nos permiten seguir creyendo en la inmensa capacidad de futuro que tiene el individuo, creyendo en esa capacidad de construir el progreso que sólo nace en el seno de las sociedades que escuchan las palabras serias y profundas de sus investigadores y creadores, de aquellos pueblos que no se diluyen en los vacíos cantos de dirigentes que sólo cuentan con el



**REAL ACADEMIA DE NOBLES Y BELLAS ARTES DE SAN LUIS**

MUSEO DE ZARAGOZA - PLAZA DE LOS SITIOS, 6 - 50001 ZARAGOZA

TLF. 976217969 | [WWW.RASANLUIS.ES](http://WWW.RASANLUIS.ES) | [RASANLUIS@RASANLUIS.ES](mailto:RASANLUIS@RASANLUIS.ES)